



Hesiodo  
El escudo de  
Heracles

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL ESCUDO DE HERACLES**

**HESIODO**

**PUBLICADO: SIGLO VI A. C.**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

# EL ESCUDO DE HERACLES

## HESÍODO

O como la que abandonó su hogar y su patria y vino a Tebas, siguiendo al belicoso Anfitríon, - incluso Alcmena, la hija de Electrión, recogedora del pueblo. Sobrepasaba a la tribu de las mujeres en belleza y en estatura; y en sabiduría ninguna rivalizaba con ella de las que las mujeres mortales desnudaban de la unión con los hombres mortales. Su rostro y sus ojos oscuros desprendían un encanto como el de la dorada Afrodita. Y honró a su esposo en su corazón como ninguna otra mujer lo había hecho antes que ella. En verdad, él había matado violentamente a su noble padre cuando se enfadó por unos bueyes; así que abandonó su país y vino a Tebas y se hizo suplicante de los hombres de Cadmo que portaban escudos. Allí habitó con su modesta esposa sin las alegrías del amor, ni pudo acercarse a la hija de Electrión, de tobillos pulcros, hasta que hubo vengado la muerte de los hermanos de su esposa, de gran corazón, y quemado por completo con fuego abrasador las aldeas de los héroes, los tafios y los teleboios; pues esto le fue impuesto, y los dioses fueron testigos de ello. Temió su cólera y se apresuró a realizar la gran tarea a la que Zeus le había obligado. Con él iban los beocios jinetes, respirando sobre sus escudos, y los locrianos que luchan cuerpo a cuerpo, y los galantes focianos ansiosos de guerra y batalla. Y el noble hijo de Alcaeos los guiaba, regocijado en su hueste.

Pero el padre de los hombres y de los dioses estaba formando otro plan en su corazón, para engendrar a uno que defendiera contra la destrucción a los dioses y a los hombres que comen pan. Así que se levantó del Olimpo por la noche meditando astutamente en el fondo de su corazón, y anhelaba el amor de la mujer bien ceñida. Rápidamente llegó a Tifonium, y de allí partió de nuevo el sabio Zeus y pisó el pico más alto de Ficium: allí se sentó y planeó cosas maravillosas en su corazón. Así que en una noche Zeus compartió el lecho y el amor de la pulcra hija de Electrión y cumplió su deseo; y en la misma noche Anfitrión, recolector del pueblo, el héroe glorioso, llegó a su casa cuando hubo terminado su gran tarea. No se apresuró a ir a ver a sus siervos y pastores lejanos, sino que entró primero con su esposa: tal deseo se apoderó del pastor del pueblo. Y como un hombre que ha escapado alegremente de la miseria, ya sea de una grave enfermedad o de una cruel esclavitud, así Anfitrión, una vez concluida toda su pesada tarea, llegó alegre y bienvenido a su casa. Y durante toda la noche yació con su modesta esposa, deleitándose con los dones de la dorada Afrodita. Y ella, sujeta por el amor a un dios y a un hombre sumamente bueno, dio a luz dos hijos gemelos en Teba de siete puertas. Aunque eran hermanos, éstos no eran de un mismo espíritu, pues uno era más débil, pero el otro un hombre mucho mejor, uno terrible y fuerte, el poderoso Heracles. A él dio a luz abrazando al hijo de Cronos, señor de las nubes oscuras, y al otro, a Ificles, de Anfitrión, el lancero: descendencia distinta, ésta de la unión con un hombre mortal, pero aquélla de la unión con Zeus, jefe de todos los dioses.

Y mató a Cicno, el galante hijo de Ares. Pues lo encontró junto a Apolo, que disparaba desde lejos, a él y a su padre Ares, nunca saciados de guerra. Sus armaduras brillaban como una llama de fuego abrasador cuando los dos iban en su carro: sus veloces caballos golpeaban la tierra y la hurgaban con sus cascos, y el polvo se levantaba como humo a su alrededor, golpeado por las ruedas del carro y los cascos de los caballos, mientras el carro bien hecho y sus raíles traqueteaban a su alrededor cuando los caballos se lanzaban. Y el intachable Cyncus se alegró, pues esperaba matar a espada al belicoso hijo de Zeus y a su auriga, y despojarlos de sus espléndidas armaduras. Pero Febo Apolo no quiso escuchar sus bravatas, pues él mismo había incitado al poderoso Heracles contra él. Y toda la arboleda y el altar de Paga-saeon Apolo ardieron a causa del temible dios y a causa de sus armas; pues sus ojos relampagueaban como con fuego. ¿Qué hombre mortal se habría atrevido a enfrentarse a él cara a cara, salvo Heracles y el glorioso Iolao?

Pues grande era su fuerza e inconquistables los brazos que brotaban de sus hombros sobre sus fuertes miembros. Entonces Heracles habló a su auriga el fuerte Iolaus:

"Oh héroe Iolao, el más amado de todos los hombres, en verdad Anfitríon pecó profundamente contra los benditos dioses que moran en el Olimpo cuando llegó a la dulce Teba y abandonó Tirinto, la bien construida ciudadela, porque mató a Electríon por causa de sus bueyes de anchas cejas. Entonces llegó a Creonte y a Eniocha de túnica larga, que lo recibieron amablemente y le dieron todas las cosas adecuadas, como se debe a los suplicantes, y lo honraron aún más en su corazón. Y vivía alegremente con su esposa, la pulcra hija de Electríon; y al cabo de poco tiempo, con el paso de los años, nacimos nosotros, tan distintos en cuerpo como en mente, tu padre y yo. Zeus le quitó el sentido, de modo que abandonó su hogar y a sus padres y se fue a honrar al malvado Euristeo -¡hombre infeliz! En verdad, después se afligió profundamente al soportar la carga de su propia locura; pero eso no puede volver atrás. Pero a mí el destino me impuso pesadas tareas.

"Sin embargo, ven, amigo, toma rápidamente las riendas teñidas de rojo de los veloces caballos y alza el valor en tu corazón y guía el veloz carro y los fuertes caballos de pies ligeros en línea recta. No temas en secreto el ruido de Ares, asesino de hombres, que ahora se desboca gritando sobre la arboleda sagrada de Febo Apolo, el señor que dispara desde lejos. Seguro que, por fuerte que sea, tendrá bastante con la guerra".

Y el irreprochable Iolao le respondió de nuevo "Buen amigo, en verdad el padre de los hombres y de los dioses honra grandemente tu cabeza y también al toro Agitador de la Tierra, que guarda el velo de murallas de Tebas y custodia la ciudad, -tan grande y fuerte es este compañero que traen en tus manos para que ganes gran gloria. Pero ven, ponte las armas de guerra para que con toda rapidez podamos reunir el carro de Ares y el nuestro y luchar; pues no asustará al intrépido hijo de Zeus, ni tampoco al hijo de Iphiclus: más bien creo que huirá ante los dos hijos del intachable Alcides que están cerca de él y ansiosos por lanzar el grito de guerra para la batalla; pues esto les gusta más que una fiesta."

Así dijo. Y el poderoso Heracles se alegró de corazón y sonrió, pues las palabras del otro le agradaban, y le respondió con palabras aladas:

"Oh héroe Iolao, surgido del cielo, ahora se acerca la dura batalla. Pero, como ya has demostrado tu destreza en otras ocasiones, rueda ahora con el gran caballo de crin negra Arión por todos los caminos, y ayúdame en lo que puedas".

Así dijo, y le puso en las piernas unas grebas de bronce brillante, espléndido regalo de Hefesto. A continuación se ciñó al pecho una fina coraza de oro, curiosamente labrada, que Palas Atenea, hija de Zeus, le había regalado cuando se disponía a emprender sus penosos trabajos. Sobre los hombros, el fiero guerrero llevaba el acero que salva a los hombres de la perdición, y sobre el pecho llevaba una aljaba hueca. Dentro de él había muchas flechas escalofrantes, distribuidoras de la muerte que hace olvidar el habla: por delante tenían muerte y goteaban lágrimas; sus astas eran lisas y muy largas, y sus culatas estaban cubiertas de plumas de águila parda. Y tomó su fuerte lanza, puntiaguda de bronce brillante, y sobre su valiente cabeza puso un yelmo bien hecho de adamante, labrado con astucia, que se ajustaba estrechamente a las sienes; y que guardaba la cabeza del dios Heracles.

En sus manos llevaba su escudo, todo reluciente: nadie lo rompió jamás con un golpe ni lo aplastó. Y era una maravilla verlo, pues todo su orbe estaba resplandeciente de esmalte y marfil blanco y electrum, y brillaba con oro resplandeciente; y había zonas de cianus dibujadas sobre él. En el centro estaba el Miedo labrado en adamante, indecible, mirando hacia atrás con ojos que brillaban de fuego. Su boca estaba llena de dientes en una blanca hilera, temible y desalentadora, y sobre su frente sombría se cernía la espantosa Lucha que ordena la muchedumbre de los hombres: despiadada ella, pues arrebatava la mente y los sentidos a los pobres desgraciados que hacían la guerra contra el hijo de Zeus. Sus almas pasaron bajo la tierra y descendieron a la casa del Hades; pero sus huesos, cuando la piel se pudre a su alrededor, se desmoronan en la tierra oscura bajo el abrasador Sirio.

Sobre el escudo se forjaron Persecución y Huida, y Tumulto, y Pánico, y Matanza. También se apresuraban la Lucha y el Alboroto, y el Destino mortal estaba allí sujetando a un hombre recién herido, y a otro no herido; y a uno, que estaba muerto, lo arrastraba por los pies a través del tumulto. Llevaba sobre los hombros una vestidura roja por la sangre de los hombres, y terriblemente lanzaba destellos y rechinaba los dientes.

Y había cabezas de serpientes indeciblemente espantosas, doce de ellas; y solían asustar a las tribus de hombres de la tierra que hicieran la guerra contra el hijo de Zeus, pues chocaban los dientes cuando luchaba el hijo de Anfitríon: y brillaban intensamente estas obras maravillosas. Y era como si hubiera manchas sobre las espantosas serpientes: y sus lomos eran de color azul oscuro y sus mandíbulas negras.

También había sobre el escudo hordas de jabalíes y leones que se miraban unos a otros, furiosos y ansiosos: las hileras de ellos avanzaban juntas, y ninguno de los bandos temblaba, sino que ambos erizaban sus melenas. Pues ya había un gran león entre ellos y dos jabalíes, uno a cada lado, privados de vida, y su oscura sangre chorreaba por el suelo; yacían muertos con los cuellos extendidos bajo los leones sombríos. Y ambos bandos se enardecieron aún más para luchar porque estaban furiosos, los jabalíes feroces y los leones de ojos brillantes.

Y se produjo la lucha de los lanceros lapones reunidos en torno al príncipe Caeneo y Dryas y Peirithöus, con Hopleo, Exadio, Falereo y Proloco, Mopsus hijo de Ampyeo de Titaresia, vástago de Ares, y Teseo, hijo de Egeo, semejante a los dioses inmortales. Estos eran de plata y llevaban sobre sus cuerpos armaduras de oro. Y los centauros estaban reunidos contra ellos al otro lado, con Petraeus y Asbolus el adivino, Arctus, y Ureus, y Mimas de pelo negro, y los dos hijos de Peuceus, Perimedes y Dryalus: éstos eran de plata, y tenían pinos de oro en las manos, y se precipitaban juntos como si estuvieran vivos y se golpeaban mano a mano con lanzas y con pinos.

Y sobre el escudo se alzaban los veloces caballos de Ares, hechos de oro, y el propio Ares, el mortífero vencedor del botín. Llevaba una lanza en las manos y apremiaba a los lacayos: estaba rojo de sangre como si estuviera matando a hombres vivos, y estaba de pie en su carro. A su lado estaban el Miedo y la Huida, ansiosos por lanzarse en medio de los combatientes.

Allí estaba también la hija de Zeus, Tritogeneia, que conduce el botín. Estaba como si fuera a librar una batalla, con una lanza en la mano, un casco de oro y la égida sobre los hombros. Y se dirigía hacia la terrible contienda.

Y allí estaba la sagrada compañía de los dioses inmortales; y en medio, el hijo de Zeus y Leto tocaban dulcemente una lira de oro. Allí estaba también

la morada de los dioses, el Olimpo puro, y su asamblea, y las riquezas infinitas se esparcían alrededor en la reunión de los dioses inmortales. También las diosas, las Musas de Pieria, entonaban una canción como cantantes de voz clara.

Y en el escudo había un puerto con un refugio contra el mar irresistible, hecho de estaño refinado forjado en círculo, y parecía agitarse con las olas. En medio de él había muchos delfines que corrían de un lado a otro, pescando: y parecían estar nadando. Dos delfines de plata chisporroteaban y devoraban a los peces mudos. Y bajo ellos temblaban peces de bronce. Y en la orilla estaba sentado un pescador mirando: en sus manos tenía una red para pescar, y parecía a punto de echarla.

Allí también estaba el hijo de la rica Dánae, el jinete Perseo: sus pies no tocaban el escudo y, sin embargo, no estaban lejos de él, cosa muy maravillosa de observar, puesto que no estaba apoyado en ninguna parte; pues así lo modeló el famoso Cojo, de oro, con sus manos. En los pies calzaba sandalias aladas, y su espada enfundada en negro le colgaba de los hombros con un cinturón cruzado de bronce. Volaba veloz como el pensamiento. La cabeza de un espantoso monstruo, la Gorgona, cubría la anchura de su espalda, y una bolsa de plata -una maravilla para la vista- la contenía: y de la bolsa colgaban brillantes borlas de oro. Sobre la cabeza del héroe yacía el temible gorro de Hades, que tenía la horrible penumbra de la noche. El propio Perseo, hijo de Dánae, iba a toda prisa, como quien se apresura y se estremece de horror. Y tras él se precipitaron las Gorgonas, inabordables e indecibles, ansiando apoderarse de él: al pisar el pálido adamante, el escudo resonó agudo y claro con un fuerte repiqueteo. Dos serpientes colgaban de sus cinturas con las cabezas curvadas hacia delante: sus lenguas parpadeaban, sus dientes rechinaban de furia y sus ojos brillaban fieramente. Y sobre las horribles cabezas de las Gorgonas temblaba un gran Miedo.

Y más allá de ellas había hombres que luchaban con arneses de guerra, unos defendiendo su propia ciudad y a sus padres de la destrucción, y otros ansiosos por saquearla; muchos yacían muertos, pero el mayor número aún se esforzaba y luchaba. Las mujeres, sobre torres de bronce bien construidas, lloraban estridentemente y se rasgaban las mejillas como seres vivos, obra del famoso Hefesto. Y los hombres que eran ancianos y en quienes la edad había hecho presa estaban todos juntos fuera de las puertas, y alzaban las manos a los dioses benditos, temiendo por sus propios hijos. Pero éstos

de nuevo se enzarzaron en la batalla: y detrás de ellos las oscuras Parcas, crujiendo sus blancos colmillos, bajando, sombrías, sangrientas e inaccesibles, luchaban por los que caían, pues todas ansiaban beber sangre oscura. Tan pronto como sorprendían a un hombre derribado o que caía recién herido, una de ellas cerraba sus grandes garras sobre él, y su alma descendía al Hades, al frío Tártaro. Y cuando habían saciado sus almas con sangre humana, arrojaban a aquél detrás de ellas, y volvían corriendo de nuevo al tumulto y a la refriega. Cloto y Láquesis estaban por encima de ellas y Átropos, menos alta que ellas, una diosa de complexión no muy grande, pero superior a las demás y la mayor de ellas. Y todas se enzarzaron en una lucha encarnizada por un pobre desgraciado, mirándose malignamente con ojos furiosos y luchando por igual con garras y manos. Junto a ellos estaba la Oscuridad de la Muerte, lúgubre y temerosa, pálida, marchita, encogida por el hambre, con las rodillas hinchadas. Tenía largas uñas en las manos, y le goteaba la nariz, y de las mejillas le chorreaba sangre hasta el suelo. Estaba de pie, mirando horriblemente, y sobre sus hombros había mucho polvo empapado de lágrimas.

A continuación, había una ciudad de hombres con hermosas torres; y siete puertas de oro, ajustadas a los dinteles, la custodiaban. Los hombres se divertían con fiestas y bailes; algunos llevaban a una novia a su marido en un remo bien movido, mientras la canción nupcial resonaba en lo alto y el resplandor de las antorchas encendidas sostenidas por las siervas se extendía en ondas a lo lejos. Y estas doncellas iban delante, deleitándose en la fiesta; y tras ellas venían alegres coros, los jóvenes cantando suavemente al son de estridentes gaitas, mientras el eco se agitaba a su alrededor, y las muchachas guiaban la hermosa danza al son de las liras. También al otro lado había una hilera de jóvenes juerguistas, tocando flautas; algunos retozaban con danzas y canciones, y otros avanzaban al compás de un flautista y reían. Toda la ciudad estaba llena de alegría, baile y fiesta.

Otros volvían a montar a caballo y galopaban ante la ciudad. Y había labradores que roturaban la buena tierra, vestidos con túnicas ceñidas. También había un extenso maizal y algunos hombres segaban con afilados garfios los tallos que se doblaban con el peso de las espigas, como si estuvieran segando el grano de Deméter: otros ataban las gavillas con cintas y extendían la era. Otros tenían garfios y recogían la vendimia, mientras que otros recogían de los segadores en cestos los racimos blancos y negros de las lar-

gas hileras de vides, pesadas de hojas y zarcillos de plata. Otros los recogían de nuevo en cestos. Junto a ellos había una hilera de vides de oro, espléndida obra del astuto Hefesto: tenía hojas temblorosas y sarmientos de plata y estaba cargada de uvas que se volvían negras. Había hombres que pisaban las uvas y otros que sacaban el licor. También había hombres boxeando y luchando, y cazadores persiguiendo liebres veloces con una correa de perros de dientes afilados delante de ellos, ellos ansiosos por atrapar a las liebres, y las liebres ansiosas por escapar.

Junto a ellos había jinetes que luchaban y se afanaban por un premio. Los aurigas, de pie sobre sus carros bien aparejados, apremiaban a sus veloces caballos con las riendas sueltas; los carros articulados volaban traqueteando y las naves de las ruedas chirriaban estrepitosamente. Así se afanaban en un trabajo interminable, y el final con la victoria nunca les llegaba, y la contienda era siempre infructuosa. Y se dispuso para ellos, dentro del recorrido, un gran trípode de oro, espléndida obra del astuto Hefesto.

Y alrededor del borde fluía el Océano, con una corriente llena como parecía, y encerraba toda la astuta obra del escudo. Sobre él se elevaban los cisnes y llamaban con fuerza, y muchos otros nadaban sobre la superficie del agua; y cerca de ellos había bancos de peces.

Maravilloso era ver el gran y fuerte escudo, incluso para Zeus el atronador, por cuya voluntad Hefesto lo hizo y lo ajustó con sus manos. Este escudo lo empuñó con maestría el valeroso hijo de Zeus, y saltó sobre su carro de caballos como el relámpago de su padre Zeus que sostiene la égida, moviéndose ágilmente. Y su auriga, el fuerte Iolaus, de pie sobre el carro, guiaba el carro curvo.

Entonces la diosa Atenea de ojos grises se acercó a ellos y pronunció palabras aladas, alentándoles: "¡Salve, vástagos del famoso Linceo! Incluso ahora Zeus, que reina sobre los dioses benditos, os da poder para matar a Cícneo y despojarle de su espléndida armadura. Pero te diré algo más, poderoso del pueblo. Cuando hayas despojado a Cícneo de su dulce vida, déjalo allí y también a su armadura, y tú mismo observa a Ares, el matador de hombres, de cerca cuando ataque, y allí donde lo veas descubierto bajo su escudo astutamente labrado, hiérello con tu afilada lanza. Entonces retrocede, pues no está ordenado que tomes sus caballos ni su espléndida armadura".

Así dijo la diosa de ojos brillantes y subió rápidamente al carro con la victoria y el renombre en sus manos. Entonces Iolao, que se nutría del cielo, llamó terriblemente a los caballos, y a su grito éstos hicieron girar velozmente el carro de la flota, levantando el polvo de la llanura; pues la diosa Atenea de ojos brillantes les infundió valor agitando su égida. Y la tierra gimió a su alrededor. Y ellos, Cícneo domador de caballos y Ares, insaciable en la guerra, avanzaron juntos como el fuego o el torbellino. Entonces sus caballos relincharon estridentemente, cara a cara; y el eco se estremeció a su alrededor. Y el poderoso Heracles habló primero y dijo al otro

"¡Cicno, buen señor! ¿Por qué, por favor, diriges tus veloces caballos contra nosotros, hombres probados en el trabajo y el dolor? No, aparta tu carro de la flota, cede y sal del camino. Me dirijo a Traquis, al rey Ceyx, que es el primero en Traquis por poder y por honor, y eso tú mismo lo sabes bien, pues tienes por esposa a su hija Temistinoe de ojos oscuros. ¡Idiota! Pues Ares no te libraré del fin de la muerte, si ambos nos encontramos en la batalla. Otra vez, antes de esto, declaro que ha probado mi lanza, cuando defendió la arenosa Pilos y se enfrentó a mí, ansiando ferozmente la lucha. Tres veces fue alcanzado por mi lanza y arrojado a tierra, y su escudo fue atravesado; pero la cuarta vez le golpeé en el muslo, echando mano de todas mis fuerzas, y le clavé profundamente la tara en la carne. Y cayó de cabeza en el polvo del suelo por la fuerza de mi lanza; entonces sí que habría sido deshonorado entre los dioses inmortales, si por mis manos hubiera dejado su sangriento botín".

Así dijo. Pero a Cycnus, el robusto lancero, no le importó obedecerle y tiró de los caballos que tiraban de su carro. Entonces fue cuando ambos saltaron directamente al suelo desde sus carros, el hijo de Zeus y el hijo del Señor de la Guerra. Los aurigas condujeron cerca sus caballos de hermosas crines, y la ancha tierra resonó con el golpe de sus cascos mientras se precipitaban. Como cuando las rocas saltan desde la alta cima de una gran montaña y caen unas sobre otras, y muchos robles y pinos altísimos y álamos de largas raíces son quebrados por ellas mientras se arremolinan velozmente hacia abajo hasta llegar a la llanura, así cayeron unos sobre otros con un gran grito: y toda la ciudad de los mirmidones, y el famoso Iolco, y Arne, y Hélice, y la herbosa Anthea resonaron con fuerza a la voz de los dos. Con un grito espantoso se cerraron: y el sabio Zeus tronó fuerte y llovieron gotas de sangre, dando la señal de batalla a su intrépido hijo.

Como un jabalí de colmillos, que es temible para un hombre ver ante sí en las cañadas de una montaña, resuelve luchar con los cazadores y afila sus blancos colmillos, volviéndose hacia los lados, mientras la espuma fluye alrededor de su boca mientras muerde, y sus ojos son como fuego incandescente, y eriza el vello de su crin y alrededor de su cuello -, como él saltó el hijo de Zeus de su carro de caballos. Y cuando el saltamontes zumbador de alas oscuras, posado sobre un brote verde, comienza a cantar el verano a los hombres -su alimento y bebida es el delicado rocío- y durante todo el día desde el alba derrama su voz en el calor más mortífero, cuando Sirio abrasa la carne (entonces crece la barba sobre el mijo que los hombres siembran en verano), cuando las uvas crudas que Dioniso dio a los hombres -una alegría y una pena a la vez- comienzan a colorearse en esa estación lucharon y se elevó el clamor.

Como dos leones a ambos lados de un ciervo muerto se lanzan el uno contra el otro con furia, y se oye un gruñido espantoso y un entrechocar también de dientes -, como buitres de garras torcidas y pico ganchudo que luchan y gritan en voz alta sobre una alta roca por una cabra montesa o un gordo ciervo salvaje al que algún hombre activo ha disparado con una flecha de la cuerda, y él mismo se ha alejado a otra parte, sin conocer el lugar; pero lo señalan rápidamente y libran con vehemencia una encarnizada batalla sobre él -, como estos dos se precipitaron el uno sobre el otro con un grito.

Entonces Cícnico, deseoso de matar al hijo del todopoderoso Zeus, golpeó su escudo con una lanza de bronce, pero no rompió el bronce; y el don del dios salvó a su enemigo. Pero el hijo de Anfitrión, el poderoso Heracles, con su larga lanza golpeó violentamente a Cícnico en el cuello, debajo de la barbilla, donde estaba desguarnecido entre el yelmo y el escudo. Y la lanza mortal cortó los dos tendones, pues toda la fuerza del héroe se encendió en su enemigo. Y Cycnus cayó como cae un roble o un elevado pino que es golpeado por el relampagueante rayo de Zeus; así cayó él, y su armadura adornada con bronce chocó a su alrededor.

Entonces, el hijo de Zeus, de corazón robusto, le dejó en paz, y él mismo esperó la llegada de Ares, el matador de hombres: con ferocidad miró fijamente, como un león que se ha topado con un cuerpo y, ávido, rasga la piel con sus fuertes garras y le arrebató la dulce vida a toda velocidad: su oscuro corazón se llena de rabia y sus ojos brillan con fiereza, mientras desgarró la

tierra con sus zarpas y azota con su cola los ijares y los hombros para que nadie se atreva a enfrentarse a él y acercarse a darle batalla. Aun así, el hijo de Anfitrión, insaciable de batalla, se puso ansioso cara a cara con Ares, albergando valor en su corazón. Y Ares se acercó a él con dolor en el corazón; y ambos se lanzaron el uno contra el otro con un grito. Como cuando una roca sale disparada de un gran acantilado y se precipita con largos saltos, precipitándose ávidamente con estrépito, y un alto peñasco choca con ella y la retiene allí donde chocan; con no menos estrépito se precipitó gritando contra Heracles el mortífero Ares, el de los carros. Y éste recibió rápidamente el ataque.

Pero Atenea, la hija de Zeus, portador de la égida, salió al encuentro de Ares, llevando la égida oscura, y lo miró con el ceño fruncido de ira y le dirigió palabras aladas. "Ares, refrena tu feroz cólera y tus inigualables manos; pues no está ordenado que mates a Heracles, el audaz hijo de Zeus, y le despojes de su rica armadura. Ven, pues, deja de luchar y no me resistas".

Así dijo ella, pero no conmovió el valeroso espíritu de Ares. Pero lanzó un gran grito y agitando sus lanzas como si fueran de fuego, se precipitó de cabeza sobre el fuerte Heracles, deseando matarlo, y arrojó una lanza de bronce sobre el gran escudo, pues estaba furiosamente enojado a causa de su hijo muerto; pero Atenea, de ojos brillantes, salió del carro y desvió la fuerza de la lanza. Entonces la amarga pena se apoderó de Ares, desenvainó su afilada espada y saltó sobre el valiente Heracles. Pero cuando se acercaba, el hijo de Anfitrión, no cansado de la feroz batalla, le hirió astutamente en el muslo, donde quedaba expuesto bajo su escudo ricamente labrado, y le clavó profundamente la lanza en la carne y lo arrojó de bruces al suelo. Y Pánico y Temor condujeron rápidamente su carro de ruedas lisas y sus caballos cerca de él y lo levantaron de la tierra de anchas espaldas a su carro ricamente labrado, y luego en línea recta azotaron a los caballos y llegaron al alto Olimpo.

Pero el hijo de Alcmena y el glorioso Iolao despojaron a Cícneo de su fina armadura y se fueron, y sus veloces caballos los llevaron directamente a la ciudad de Traquis. Y Atenea, de ojos brillantes, se dirigió desde allí al gran Olimpo y a la casa de su padre.

En cuanto a Cícneo, Ceyx lo enterró junto con las innumerables gentes que vivían cerca de la ciudad del glorioso rey, en Anthe y la ciudad de los

mirmidones, y la famosa Iolco, y Arne, y Hélice: y se reunió mucha gente haciendo honor a Ceyx, el amigo de los dioses bienaventurados. Pero Anau- ro, hinchado por un aguacero, borró la tumba y el monumento de Cícneo; pues así se lo ordenó Apolo, hijo de Leto, porque solía vigilar y expoliar violentamente las ricas hecatombes que cualquiera pudiera llevar a Piteo.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**